hermano, y enemigo, que à los que à èl le avian ayudado, y que se fiara mas de aquellos, que no destos. Pues poco importa ayudarme à ganar la Corona, si los que me ayudan buelven para ello las armas contra su señor, que aunque la traycion agrada nunca empero los traydores. Assi nuestro David, siguiendo este rumbo, no se harta de dar bendiciones, y de ofrecer mercedes à los que ha visto mas leales con su enemigo Saul. Campo nos abre esta historia, para que discurriendo por los anales del tiempo, veamos los hombres grandes, que al modo de David lloraron, y sintieron las muertes de sus enemigos. Pondremos por exemplo los mas insignes, y ilustres.

CAPITULO XVII.

EN QUE SE PONEN SIMILES, Y exemplos de Principes heroycos, que lloraron las muertes desgraciadas de sus enemigos.

EXEMPLO PRIMERO.

Autores desta historia. Plutar. in Alexãdro. Æliano de var. hist. li. 6. &c. Veleio lib. 3. Justino lib. 12. &c. Arriano li. 1. 2. &c. Diodoro lib. 17. &c. S. Anto. 1. p.

AUn animo tan bizarro, como el de David, que llora la muerte de su enemigo, no es razon dar menos simil, que el de las bizarrias de Alexandro, Principe el mas heroyco, que aplaudiò la fama. Contar su historia es professo, era menester vn libro, dexar de referir algunas de sus hazañas, parecerà cortedad. Acomodaremos con el medio, y tocarè de su vida lo mas notable, y gustoso. Fue Alexandro hijo de Filipe, Rey de Macedonia, y de Olimpias, Infanta de Epiro, prosapia, y ascendencia muy ilustre por ambas partes. Porque Filipe descendiò de Hercules el famoso, y Olimpias del valiente Achiles. Autores graves, como la Historia Escolastica, Alberto Magno, Paulo Orosio, y la Chronica del mundo, hazen à Alexandro hijo de otro padre, y dizen fue Nectanabo, Rey de Egipto, que ostigado del Rey Oco de Persia, vino à dar en

en Macedonia, donde enamorado de la Reyna Olimpias, muger de Filipe, se disfrazò en dragon por arte de Nigromancia, y tuvo parte con ella, de cuyo accesso naciò Alexandro. Otros se desvian de este sentir, y aun Pineda alega razones, que convencen no aver sido Alexandro hijo de Nectanabo. No ay que admirarse, de que en personas de menos cuenta, constante el Matrimonio, atribuyan los hijos à otro padre, si aun Alexandro no estuvo seguro desto. Las bizarrias de algunas mugeres, en dexarse ver, y hablar de todos, engendran estas sospechas à costa de su disfame: de veinte años de edad començò Alexandro à empuñar el Cetro, por la muerte violenta de su padre Filipe, à quien vn mancebo osado, llamado Pausanias, matò à puñaladas. Como avia sido desde niño muy dado à las letras, y tuvo à Aristoteles por maestro, suplia con el saber, lo que faltava à la edad. Con ardores juveniles començò à menear las armas, y à ganar vitorias, siendo en èl lo mismo el pelear, que el vencer. A los Tribalos rebeldes bolviò al yugo, à los Tracos hizo huir, y à los Thebanos los passò à cuchillo; à su Ciudad famosa diò à las llamas. Aqui fue donde la hermosa, quanto ilustre Timoclea, viendo, que con alhagos, con lagrimas, ni con ruegos no avia podido defenderse del Capitan de los Tarcios, y que ciego à la razon, le avia quitado el honor, se vengò dèl con industria abocandole en el poço, donde su codicia le assomò à buscar riquezas. Hecho heroyco por cierto de vna doncella noble, que sabido de Alexandro, gustò mucho de ello, y la hizo muchas honras.

Con estos ensayos començò el segundo Achiles à mostrar su valentia, y ambicioso por ganar vn mundo, convocò en Corintho à todas las Ciudades de la Grecia, donde fue nombrado por Capitan General contra Dario, Rey de Babilonia, y Monarca de los Persas. Ocasionò esta guerra estàr cargados los Griegos, de no sè que desacatos del Persiano; aunque la causa mayor era tener Alexandro buena gana de conquistar Provincias. Juntò, pues, vn exercito de solos treinta y quatro mil infantes, y quatro mil cavallos; pero toda buena gente, soldados viejos por Capitanes, y bien pagados todos: que en estos dos requisitos consiste el acierto de las guerras, que no el mucho gentio. Pocos soldados valientes,

p. tit. 4. c. 26. Ildeph. lib. 11. Antiq. c. 7. 8. &c. y l. 23. cap. 27. Zoras t. 1. Annal. Pineda in Monarchia 1. p l. 6. c. 27. vsq. c. 31. & lib. 7. c. 1. vsq. c. 4. Quinto Curcio libro 3. Strabõ Cretense l. 4. &c.

* Esto es segun lo cuentã algunos, porque otros dizen, que Pirro casò cõ Hermione hija del Rey Menelao, sobre q̃ le diò la muerte el Principe Orestes, por estar casado èl primero con Hermione como dexamos dicho c. 10. exẽplo 1. Quizà antes de casar

tes, bien diciplinados, y contentos obran mucho. Porque los Athenienses, y Lacedemonios no quisieron ayudarle en la jornada, por no llamarle Capitan suyo, les dexò para freno en Macedonia al famoso Antipatre, con diez mil hombres, y dos mil cavallos. Con esto llegando al Helesponto, se embarcaron con su gente para el Asia. El fue el primero que saltò en tierra, ambicioso por hallarla. Visitò luego el sepulcro de Achiles, como descendiente suyo, y hizo restaurar à Troya, por el mismo respeto; porque su madre Olimpas, descendiò de Andromaca, muger de Hector Troyano, y casada despues con Pyrro, hijo de Achiles, fue Reyna de Epiro. *

sar cõ Hermione, casò con Andromaça, estãdo aun sobre Troya, en la qual pudo tener à Olimpias. Y viudo despues casar cõ Hermione. De esta suerte se pueden concordar los Historiadores.

En desembarcando Alexandro, embiò su armada à Macedonia, dandoles à entender à sus soldados, que ya no avia sino vencer, ò morir, sin quedarles esperança de poder bolver atràs. Los Capitanes de Dario, que estavan por las comarcas del Helesponto, le embiaron à dezir lo que passava, y èl haziendo escarnio, de que vn muchacho se huviesse atrevido à entrarse por su Imperio, y con exercito tan mediano, les embiò à mandar, que tomassen à Alexandro, y que como à rapaz, se le açotassen muy bien, y vestido de grana, se le remitiessen à Babilonia, que la armada, y gente de servicio la echassen à fondo, y que à los soldados los llevassen continuos à la otra parte del Mar Bermejo. Tan soberano, y arrogante como esto se hallava el barbaro, y à saber el fin que le amenazava aquel muchacho, ni bravearа tanto, ni hiziera aquellos desprecios. Siempre la sobervia acarreò desdichas, y nunca fue acierto despreciar al enemigo. Pusieronse, pues, los Capitanes Persas de la otra parte del rio Granico, como tomando por trinchera su corriente, ò haziendo que les sirviessen de muralla sus cristales. Con ossadia valiente se arrojò Alexandro al rio, porque al tanto le siguiessen los suyos. Passaron todos el vado, y travose la batalla muy sangrienta. El Capitan Mitriades, y yerno del Rey Dario, confiado de sus fuerças, se afrentò con Alexandro, pensando derribarle del cavallo, mas sucediole al revès, pues con vn bote de lança diò Alexandro con èl en el arena, donde cayò sin vida. Otro Capitan Persiano, llamado Resaces, por vengar al compañe-

ñero, encontrò la misma suerte. Viendo muertos à los principales cabeças, los demàs soldados se pusieron en huida, dexandose en la campaña riquissimos despojos, y doze mil dellos muertos. Vfano Alexandro con la vitoria, embiò à Grecia las noticias con dones, y preseas, que diessen testimonio. Ganò en esta ocasion los Reynos de Lydia, y Caria entròse arrastrando triunfos por la Frigia, sugetando à su dominio las Ciudades, y Pueblos que encontrava. En la Ciudad de Gordio, que fue asiento del Rey Midas, hallò el nudo hadado, hecho de coyundas, cuyo desenlaçamiento prometia el Señorio del Asia. Probò Alexandro à desatarle, con admiracion de quantos le miravan, y como no hallasse en las cuerdas principio, ni fin, arrancò de su espada, y cortò las lazadas, diziendo el celebrado: *Tanto importa cortar como desatar.* Desta suerte, ò hizo burla del oraculo, ò quiso que se cumpliesse en su cabeça.

Passò Alexandro animoso la escala de Pamphilia, que es vn passo estrecho entre los dos mares del Pontico, y de Cilicia; passo que le equipara Josepho à la senda milagrosa, que abriò Moyses con la vara en el Mar Bermejo, y para convencer à los Gentiles, que fue passo verdadero, por donde atravesò Moyses con el Pueblo de Dios, acota con el passo de Alexandro, por la escala de Pamphilia, con que se dexa entender fue cosa maravillosa. Tuvo nuevas, como Dario le venia buscando con vn exercito grande, y temiendo no le estorvasse el passo de las Pylas, ò puertas del monte Tamo, se diò prisa a caminar, hasta entrarse por Cicilia à la Ciudad de Tarso, patria de S. Pablo. Alli se aposentò Alexandro, siendo de veinte y tres años, y el tercero de su Reyno. Era el tiempo caluroso, la tierra de suyo ardiente; llegava Alexandro sudado mucho, y abrasado del calor: brindaronle las aguas del rio Cidno, desmentidos cristales en lo claras, y en lo frias. Quiso bañarse en ellas, entrose sin consejo, y à rato breve, caloie la frialdad por los abiertos poros, de tal suerte, que le sacaron medio muerto, el juyzio perdido, el cuerpo embarado. De llantos, y tristezas se cubrieron todos, viendo al mas bizarro joven en lance tan penoso. A fuerça de remedios cobrò el habla, y aumentaronse las lastimas al oirle. Sentia con ternura verse en braços de la muerte al començar sus vitorias,

rias, y à vista de su enemigo, que pujante, y sobervio le venia buscando. Ningun Medico le hallava medicina, y quando Philipo, de quien mas fiava, se ofreciò à curarle en poco tiempo, le dieron vna carta, que le embiava Parmenion, Capitan suyo, desde Capadocia, en que le dezia, no se curasse con Philipo, porque estava sobornado de Dario, ofreciendole vna hija por muger, si le diesse con que acabarle. Lance terrible en aprieto semejante, y que la neutralidad bastara à quitarle la vida, à quien tuviesse menos pecho que Alexandro. Por vna parte via la muerte cierta en el accidente, por otra la infidelidad del Medico le amenazava lo mismo. No curarse, era morir, ponerse en cura, era arriesgarse à acabar. En dos peligros, casi iguales, vacilava la vida, vno naturalmente cierto, otro por lo menos bien dudoso, y acomodandose la razon al menos riesgo, al tiempo que Philipo (bien ignorante de lo que passava) le fue à dar cierta bebida. Tomando Alexandro con vna mano el vaso, y con otra dandole à Philipo aquella carta, mandandosela leer, començaron los dos juntos, à beber el vno, y à leer el otro, dando à entender Alexandro la confiança que hazia del Medico, en cuyas manos ponia su salud, y su remedio. No se turbò Philipo, si empero se enojò mucho contra el malsin chismoso, y animando al Rey à que tuviesse sossiego, porque obrasse la bebida, le assegurò con la experiencia de la cura la prueva de su inocencia. Sucediò assi, pues al quarto dia se hallò Alexandro bueno, y se saliò à passear con su Philipo al lado; honra bien debida, à quien hizo tan gran cura, curando tambien su fama.

Cinco dias tardò el Rey Dario en atravesar por puentes al Euphates, tan innumerable en el gentio que llevava, y muy parecido al de Xerxes: las galas, y riquezas eran infinitas, el orden con que marchava muy dispuesto. En la delantera llevavan en braseros, y en altares de plata el fuego sacro, que al modo que el de las Vestales, no le dexavan morir nunca. Rodeavanlo sus Sacerdotes, cantandole muchos Hymnos. Marchavan luego trecientos y setenta y cinco mancebos, vestidos de grana, aludiendo, que los Persas reparten el año en otros tantos dias. Iva luego el car-

carro de cavallos blancos, consagrado à Jupiter, con libreas blancas, y varas de oro los que lo regian, y alli junto vn cavallo famoso, dedicado al Sol. Tras estos marchavan diez carros de oro, y plata, yendoles haziendo escolta la cavalleria de doze Naciones diversas, diferentes en armas, y costumbres. Marchavan detràs de ellos los diez mil de à cavallo, llamados los inmortales; porque en faltando vno, lo suplia otro, adornados ricamente de vestidos de brocado, sembrados de finas perlas, y con cadenas de oro por los cuellos. En pos de estos ivan quinze mil tambien à cavallo, que se nombravan parientes del Rey, mas vanamente vestidos, quanto mas vfanos, y sobervios. Luego caminavan los Guarda joyas del Rey, y luego Dario en vn carro eminente, cuyas costanas ivan ataviadas de las imagenes de sus Dioses de oro, y plata. Los jaezes, y cuerdas de los cavallos sembrados de pedreria. Entre dos bellas imagenes de oro, simbolos de la paz, y de la guerra, iva vn Aguila de oro tendidas las alas. Junto à este carro Real ivan diez mil piqueros, las picas plateadas, y los hierros dorados. A vn lado, y à otro del carro ivan docientos de la Sangre Real, los mas propinquos, y sirviendo de escolta treinta mil soldados, que hazian guarda à los cavallos del Rey, que eran quatrocientos valientes, y lozanos. De alli à buen trecho, mas atràs, caminava el mugeriego: costumbre barbara de los Persas, aunque no sè si fundada en razon, para que viendo cada vno al tiempo de pelear al riesgo que quedan hijas, y mugeres, sino vencen, cobren mas ardientes brios. Iva, pues, por guia deste segundo campo la Reyna Sisigamba, madre de Dario, en vn famoso carro, y en otro à las parejas la Reyna su muger, y alli juntò todas sus damas en remendadas pias, y mansas acaneas. Seguianlas luego las quinze Armamaxas, al modo que camareras, pues llevavan à su cargo todos los hijos del Rey, y alli junto los enucos, que servian en Palacio. Tras destas ivan trecientas y sesenta concubinas, amigas de Dario, con aparato de Reynas. Luego se seguia el Tesoro Real en trecientos camellos, y seiscientas azemilas, cargados de oro, y plata, y ivan en custodia algunas capitanias de flecheros. Tras de estos caminavan

van el resto de las mugeres de los señores, y hombres de importancia, bien ataviadas, y vistosas. Luego por remate iva el resto del exercito, que era muy copioso, assi de Infanteria, como de cavallos. He querido hazer la pintura de este campo, y exercito numeroso de Dario; porque admire el Lector la potencia, y riqueza de aquel barbaro, y lo que con poca gente diestra, y bien regida supo vencer Alexandro.

Sabiendo, pues, que se le acercava Dario, saliòle à recibir en los estrechos, donde lo ventajoso de la multitud importa poco. Pasmose el Persa del atreviniento, porque bien imaginava, que huyera Alexandro al verle. En fin el vn Rey, y el otro, vno osado, otro valiente, hizieron à sus gentes la señal de acometer. Los Griegos, aunque pocos, dispuestos à la batalla. Los Persas, aunque muchos, algo desordenados, y con miedo. Travaronse, pues, los dos campos, y començòse la lid bien ruidosa, y bien sangrienta. Los dos Reyes hizieron su dever, hasta quedar heridos los dos; pero viendo Dario por vna parte huir à los suyos, y por otra, que le apretava Alexandro demasiado, y que andava por prenderle, saltò de su carro, y tomando vn cavallo ligero, à fuerças del azicate, y dandole toda rienda, le hizo salir bolando de entre el confuso tropel. Huyòse à toda prisa à Babilonia, con el dolor, y lastima, que puede considerarse; dolor de verse vencido, destrozado su campo, sus gentes muertas, y perdido su tesoro; lastima de dexar en poder del enemigo sus caras prendas, madre, hijos, y muger. Los llantos, y alaridos que se movieron en las tiendas de las mugeres Persianas, quando à vista del estrago se hallaron cautivas, no ay que ponderarlo, quando ello se està diziendo: En la tienda de las Reynas fue mayor la griteria, mayor el alboroto, mas desenfrenado el sentimiento. Rugiòse, que el Rey Dario avia muerto en la batalla, à causa que algunas de sus presas se hallaron en poder de vnos soldados, y èl no parecia. Entendido Alexandro del caso, y sabidor que Daria avia escapado libre, mandò al Capitan Leonato, que fuesse de su parte à consolar à aquellas señoras, y hazerlas saber, que era su Rey vivo: y que con èl quedavan tan Reynas como eran antes. Notable

vrbanidad, y bizarria de vn Rey tan muchacho, ambicioso, y arrogante, mostrarse tierno, cortès con las que eran sus esclavas, y darles à las Magestades el aprecio que se deve. Nuestro Christiano Alexandro Carlos Quinto (como ya dexamos apuntado en otra parte) le remedò en algo de esto, quando teniendo preso en Madrid al Rey Francisco de Francia, fue à consolarle, y à verle en la prision en que estava. Bizarrias proprias de animos Reales, y dignos de imitar de los mas soberanos con los que vèn à sus pies; pues deben considerar, que reveses de fortuna son comunes à todos los humanos, y el que oy està caido, puede estar mañana en pie.

Llegò Leonato à la tienda de las Reynas con grande acompañamiento de soldados, cosa que las hizo creer, ivan à matarlas; y como reparasse en que ningun criado de su servicio salia à mandar, que entrasse, dexandose fuera à todos los suyos, entrò dentro, y ellas postrandose à sus pies, con mil ruegos, y lagrimas muchas, le suplicaron, no las quitasse la vida, hasta que huviessen enterrado el cuerpo del Rey difunto, y que luego les echasse el cuchillo à las gargantas. Consololas Leonato entonces, dandolas el recado de Alexandro, y certificandolas, que era vivo Dario, con que quedaron algo consoladas, al passo que à la fineza agradecidas. Esto passò el dia de la batalla, en que de los Persas, segun refiere Diodoro, quedaron muertos ciento y veinte mil infantes, con otros diez mil cavallos. De los de Alexandro murieron solamente cavallos, y peones quatrocientos y cinquenta. Las riquezas, y tesoro que ganaron vnos, y perdieron otros, no puede apreciarse, porque fue infinito, y podrâse colegir de la disposicion, y aparato del campo de Dario, que dexamos referido. Todos los Macedonios se hizieron de oro, y de plata. Al dia siguiente continuò Alexandro sus cortesias, yendo en persona à visitar à las Reynas, con solo Ephestion al lado, su mayor amigo. Pidieron licencia para entrar en la tienda (tan vrbano como esto andava Alexandro con las que eran sus cautivas) y siendole dada, entraronse mano à mano passeando los dos juntos. Era Ephestion mas alto de cuerpo (porque Alexandro fue de mediana estatura) y juzgando la Reyna Sisigamba, que Ephestion era el

el Rey, y levantaronse à èl ella, y sus hijas, y hizieronle profundas reverencias. Avisadas de su engaño, mostraronse corridas, y le pidieron perdon; y Alexandro mas bizarro, que ceremonioso, hablòle à Sisigamba desta suerte: No ha avido yerro alguno, madre mia, ni ay porque vuestra Alteza me dè satisfaciones, quando este Cavallero es Alexandro tambien (que assi honro à mis amigos.) Al passo que me alboroza la vitoria, me apiado, y me lastimo de vuestra desgracia; mas si en tales cuytas puede dar algun alivio el vencedor, yo pido à vuestras Altezas, que no del todo se entrieguen al sentimiento, quando mi animo es tratarlas, mas como à vencedoras, que à vencidas. Vuestra honra, y tratamiento corre por mi cuenta, sin que se cercene nada de la Magestad, y pundonor con que se deven tratar personas Reales. A estas doncellas, hijas, y nietas vuestras, las casare de mi mano, con la misma estimacion, que pudiera Dario. Todo lo qual os juro por mi Corona, que se efectue, y cumpla del modo que os ofrezco. Diziendo estas razones, à que las Reynas correspondieron corteses, y agradecidas, tomò en sus braços al hijo de Dario, llamado Oco, niño de hasta seis años, y heredero del Imperio, y diòle muchos osculos, y abraços en presencia de todos, alabando su donayre, y hermosura.

Con estas hechizerias (demosle este nombre à estos cariños) con estos comedimientos, y vrbanidades dexò Alexandro à las Reynas tan gratas, y contentas, que ya no echavan menos cosa alguna, sino sola la persona de Dario. En la Ciudad de Isso, junto adonde se diò la batalla, cuyo nombre en señal de la vitoria se mudò en Nicopolis, tuvo Alexandro su assiento algunos dias, haziendola como Corte de lo que iva conquistando. Alli, pues, en sus quartos sumptuosos cortejava à las Reynas, madre, hija, y nuera juntamente; porque la muger de Dario era tambien su hermana (que aquellos barbaros Persas, hermanos con hermanas hazian matrimonio) lo mesmo à las Infantas, que eran dos doncellas donosas, y de buena cara. Portavase con ellas como con madre, y hermanos, sin faltarse à la modestia, y al recato; que aunque enamorado, y moço, sabia Alexandro vencerse en ocasiones. Embiavalas regalos, hazialas presentes, todo estratagema de ali-

aliviarlas en sus cuytas. Vna vez sola se dieron por ofendidas, y fue la causa esta. Reparen atentas las señoras, y damas que lo oyeren, para que de dos costumbres sigan siempre la mejor. Solia la Reyna Olimpias, madre de Alexandro, embiarle desde Macedonia, por medio de los correos, con que se correspondian algunos dones, y regalos, como muestras del afecto. Embiole vna vez entre otras cosas, muchas madejas de sedas diversas, y otras de hilo de oro, y plata. El fin no se sabe si seria para que viessen en Asia los frutos de Grecia, ò para que las damas que le ivan sirviendo exercitassen la ociosidad. Presentòles, pues, Alexandro à las Reynas parte de aquellas madejas, assi de las de oro, como de las de seda. Ellas quando las vieron, se dieron por agraviadas, haziendo estremos notables, y dando por respuesta, que no era termino aquel de tratarlas como à personas Reales, sino como à mozas de servicio, atareadas à su labor, ò costura; y que quisieran antes les huviera embiado en vn cuchillo la muerte, que no aquel regalo con semejante desprecio. Entendiòlas Alexandro la musica (que es la que pratican señoras holgazanas) y fue luego de contado à darlas satisfacion, que fue tan bizarra, y atenta, como suya. Entrò, pues, à su quarto, hallòlas muy llorosas, levantaronse corteses; mandolas assentar, y sin tomar èl assiento, hasta que la Reyna madre se lo pidiò por merced (tan cortès como esto se portava) hablò de esta manera: *Si en algo se ha errado el modo en aquellas niñerias, que remiti à Vs. Altezas, os pido me perdoneis, puesto que la voluntad en nada os ha agraviado. Y bien sabe V. Alteza, señora madre mia, que desde la vez primera que me vì a sus ojos, me di por hijo suyo, dandola el dulce nombre de madre, que devo de derecho à mi señora Olimpias, que es la que me pariò; y en prueva desta sumision, sino la llamo sineza, las vezes que me he hallado en presencia suya, nunca me he assentado, menos que V. Alteza me lo mandasse primero, por saber que en Persia se guarda esta crianza de los hijos con sus madres. Confiesso, que quando os embiè aquellas madexas de oro, y seda, fue por estar cretido, que las señoras Persianas tenian sus horas de labor, y otras de la rueca, al modo que las de Europa, donde el hilar, y labrar es vn exercicio honesto, que no estraga la grandeza. Y pa-*

Palabras tan corteses como atentas de Alexandro.

para prueva dello, vean aqui vuestras Altezas, que esta camisa, y alguba, que yo visto, las hilaron, y texieron con sus manos mi madre, y mis hermanas.

Lindo modo de Alexandro, satisfacer à la quexa, dandolas en cara con que es noble el exercicio entre damas, y señoras. Que fue como dezirlas en buen romance, quitado el rebozo de la cortesia: si mi madre, y hermanas, Reyna, y Infantas tambien, y tan buenas, y tan nobles como vosotras, labran, cosen, hilan, texen, para que es hazer melindres, y desprecios las que no son mas señoras, ni mas Reynas. Esto les quiso dezir en aquella razon, y ellas, que no eran bobas, lo entenderian assi, con que corridas, al passo que satisfechas, coronaron la conversacion con cortesés cumplimientos. Deste dicho de Alexandro, y destas virtuosas tareas de la hermosa Olimpias, se avia de mandar por ley se instituyessen vna Catedra en las Vniversidades, y Academias de las damas, y señoras, dandolas à entender, que la rueca, y almohadilla, son instrumentos con que à la nobleza se labran finos esmaltes. Emperatrizes, y Reynas, en especial plantas de la Casa de Austria, siempre se han atareado en tales exercicios, no por grangeria, ni interès (claro està, quando les sobra todo) sino para quitarle à la ociosidad las armas con que guerrea. La gran Doña Mencia, honra, y lustre de la Casa Pimentel, y Excelentissima Condesa de Oropesa, puede en la edad que escrivo, ser pauta de mugeres, y leer Catedra de Prima entre señoras, pues me consta, y es notorio, que entre sus doncellas, y criadas se atarea de modo, que aun Sabados en la noche es menester que el relox, dando las doze horas, la quite la costura de las manos, ò la rueca de la cinta. No ignorarà esta señora, ni otras que la imitan, que es de damas el conservar buenas manos, tanto como la cara; pero tambien sabrà, que es peligroso mucho tenerlas siempre ociosas, y empapeladas en las estufillas. Siempre el trabajar fue santo, cada esfera en su exercicio. Y la gran Doña Isabel, nuestra Reyna Catolica, con ser muger que supo ceñir espada, los Palacios de Arevalo la vieron hartos años con la rueca. Baste esto para confusion de la Reyna Sisigamba, y de sus hijas, y de las damas de menor cuenta, que quieren seguir su rumbo.

Muy

Muy lastimado se hallava Dario de considerar cautivas à sus caras prendas, por lo qual se determinò de embiar Embaxadores à Alexandro, rogandole con la paz, y pidiendole, que le embiasse à su madre, muger, y hijas. Supusole para esto, que èl era el agraviado; pues sin aver dado causa, se avia entrado por sus Reynos. Pero que lo passado passado, y que quedassen amigos. Alexandro respondiò, que èl avia sido muy ocasionado à aquella guerra, por aver procurado Dario sosocarle muchos soldados suyos, y aver ofrecido premios, à quien le quitasse la vida. Esto fue el aviso que le dieron en aquella carta, en que el Medico Philipo avia sido brindado para el caso. Con todo le ofrecia darle sus mugeres con que se viniesse à entrar en su poder, y de mas à mas, le bolveria muchas de las tierras que le avia ganado. Burlava el barbaro con la tal respuesta, y conociendo, que el orgullo de aquel moço se avia de domar mal, començò à hazer nuevas gentes, para bolver à probar fortuna, y recobrar lo perdido. Mientras que Dario se ocupava en esto, no quiso Alexandro estarse ocioso, sino que fue contra Tyro, Ciudad, quanto celebre, famosa, à quien el mar con cristales la servia de muralla; y despues que la tuvo cercada siete meses, y dandola muchos assaltos, la entrò à fuego, y à sangre, sin perdonar à persona, salvo los que se acogieron à los Templos: buen exemplo de vn Gentil, para los Juezes Christianos, que atropellan sin respeto fueros de la inmunidad.

Antes que Alexandro ganasse à Tyro, despachò Embaxadores à Jerusalen al Pontifice Jado, y al Duque Judas Hiscano, pidiendoles le socorriessen con gente, y provisiones, y le tuviessen por Rey, dandole el mismo tributo que pagavan à Dario. Dieron por respuesta, que no podian quebrantar el homenage que tenian hecho al Rey Persiano. Con lo qual Alexandro, arrebatado de su colera (falta en èl notable) bolviò à embiar à dezirles, que en desocupandose de Tyro, iria à visitarlos, y à darles à entender el favor que les hazia en pedir lo que era suyo. Pusolo al punto por obra, marcharon à Jerusalen con intento de arruinarla. Todos los soldados ivan muy alegres, llevados de la golosina del saco rico de Ciudad tan opulenta. Quando el Pontifice lo supo, convocò à todos los Ciudadanos, hombres, niños, y muge-

res,para que en comunes oraciones, y plegarias le suplicassen à Dios los librasse de la furia del tirano. Demàs desto, pusose èl en oracion aquella noche, y mereciò que el Señor se le apareciesse en sueños,assegurandole sus temores, y diziendole, que èl, y todos sus Sacerdotes, vestidos de Pontifical, y todo el demàs pueblo con blancas vestiduras saliessen de la Ciudad à recibir à Alexandro, teniendo las calles muy enramadas de flores. Venida la mañana, dispuso con el pueblo lo que Dios le avia ordenado, saliendo de la Ciudad por muy gran trecho, y yendo acompañado de toda la muchedumbre tan ataviada, y luzida. Pasmose Alexandro al verlos, la colera que llevava se convirtiò en mansedumbre, todo el enojo en agrado: al divisar al Pontifice, apeose del cavallo, y adelantandose de los Reyes,y Capitanes, que ivan junto dèl, se postrò de rodillas, y le hizo adoracion, cosa que admirò à los suyos, y llenò de alborozo à los Judios, los quales con sumissiones le dieron mil parabienes de aver venido à honrarlos, y èl cariñoso, y alegre los recibiò muy propicio. Acabadas las ceremonias cortesas, bolviò à montar en su cavallo, y con festiva grita, y placeres comunes, marcharon à la Ciudad. Admirados,como he dicho, ivan los Capitanes de Alexandro; y Parmenion, vno de los mas amigos, sin poder sufrirlo, se llegò à èl en secreto, y preguntole la razon de aver humillado tanto su potencia, y soberania, tributando adoraciones à vn Pontifice Judio. A lo qual Alexandro satisfizo desta suerte: No me espanto os aya causado assombro esta mi adoracion, quando ignorais el misterio, y motivo que he tenido. Sabreis,pues,que estando en Macedonia algo melancolico, neutral, y pensativo, sobre hazer esta jornada, oponiendose à mi osadia dificultades, y riesgos,tanto, que ya el animo se inclinava à no emprenderla, se me apareciò Dios en sueños vna noche, vestido de la suerte misma que viene este Sacerdote, y animome mucho à que passasse à Asia, prometiendome su Imperio,y señorio. Creì la revelacion, y luego al punto dì al ayre los tafetanes, començando la conquista. Olvidado ya de aquello,venia aora vibrando rayos de enojo contra Jerusalen, mas apenas vì à este sumo Sacerdote, adornado con estas vestiduras, quando se me representò en èl la imagen del Dios que vì; y assi adorè à Dios en èl, y à èl le

le respeto por Santo, con que me asseguro desde aora el Imperio que Dios me ha prometido. De aqui se entenderà, como contra tiranos sobervios defiende Dios las Ciudades de su Iglesia, como fue à Roma del cruel Atila, en tiempo del Pontifice Leon, que saliendole al encuentro, vestido de Pontifical, le refrenò la osadia, y le hizo bolver atràs,y à Jerusalen la defendiò de Alexandro, del modo que se ha visto.

En entrando Alexandro en Jerusalen, le llevaron al Templo, donde ofreciò sacrificios. Los sabios Rabinos, ya fuesse lisongearle,ya que lo sintiessen assi, le declararon con la profecia de Daniel en el cap. 8. que le tenia Dios assignada la Monarquia de Grecia, y que seria el primer Monarca Griego, destruyendo al carnero, en quien estavan significados los Medos, y Persas. Quedò Alexandro gozoso con estremo, y pareciendole al Pontifice buena ocasion de pedir mercedes, pidiò que à Jerusalen se revelasse de todo pecho, y tributo en el año septimo,que es quando no sembravan, ni cogian,y que no se alterasse nada de sus leyes,ceremonias,y ritos. Concediolo Alexandro liberal, y por segunda suplica otorgò lo mesmo à todos los Judios, que vivian desterrados en diversas partes. Los Samaritanos quisieron valerse del privilegio, mas fueron repelidos,como intrusos.

Dexando contentos à los de Judea, passò Alexandro à Gaza, vltima Ciudad de Palestina, à la raya de Egipto. Defendiola valerosamente vn Capitan de Dario, llamado Betis, que la tenia à su cargo, y bien proveida de gente, y mantenimiento. Con esto,y con ser la muralla inexpugnable,confiavan los cercados quedarse vitoriosos. Por el mismo caso porfiò Alexandro en combatirla. Y aunque vn dia le sacaron del combate mal herido de vna flecha,no por esso desistiò de su teson, sino que en aviendo mejorado, bolviò à dar mas calor à los assaltos. Tomòla finalmente,aunque con costa de sangre, y en vengança de la resistencia, hizo arrastrar à colas de cavallos al valeroso Betis, que nunca quiso rendirse. Dexando, pues, à Gaza con buena guarnicion, y hecha plaça de armas, se fue entrando por Egipto, dandosele sin resistencia todas las Ciudades, por estar mal hallados los Gitanos con los Persas. En la Ciudad de Memphis, cabeça de aquel Reyno, hizo asiento al-

algunos dias, para entablar los estatutos que avian de guardarle, salvo que en sus leyes, ò ritos no les mudò nada, con que quedaron gustosos. Penetrò toda aquella Provincia, hasta llegar à la laguna Mæotica, y en su comarca fertil, y abundante, fundò con nombre suyo la famosa Ciudad de Alexandria, cuya fama, y opulencia es bien notoria.

No avia cosa grandiosa, que no quisiesse Alexandro emprenderla: tal era su sobervia, y ambicion, y assi teniendo noticia del celebre, y famoso templo de Amon, cosa invisible à los ojos de las gentes, al modo que las Indias, antes que huviesse nacido Colon, que como este por mares tan inmensos abriò camino, assi Alexandro le abriò por no hollados arenales. Sabiendo, pues, que Hercules, y Perseo, à quienes venerava por parientes, avian llegado à aquel Africano Parayso, quiso no ser para menos. Y assi dexandose en Memphis toda su recamara, el bagaje, armas, y gente, que podian serle estorvo, apercibiò à sus soldados à la empresa. Temblando de su condicion, no ossaron contradezirle. El mandò cargar muchos camellos de agua, y bastimento, y començaron à engolfarse por aquellas soledades, paramos desiertos, todos de menuda arena, sin que arbol, planta, ni piedra se hallasse en ellos. Caminavan brumados, y rendidos, por no hallar aun tierra firme en que hazer pie. Luego los rayos del Sol heridos en la arena, despedian de si lumbre, con que abochornados se miravan ya perdidos, y mas quando al quarto dia se les acabò el agua. Aqui fue el desesperar, y el renegar de Alexandro; pues los avia metido donde à soplar el ayre algo violento, con promontorios de arenales diera à todos sepulcro. Al tino del cielo caminavan con despecho, como los que por el mar buscan camino. Las guias que llevavan se hallaron desatinados, con que todos se contavan ya por muertos. En la mayor congoja se les aparecieron dos cuervos, que como cosa milagrosa les sirvieron de guia hasta el Templo que buscavan; que como naciò Alexandro para cosas grandes, parece que el Cielo hallanava los impossibles. Demas desto, sobrevino vna pluvia milagrosa, que refrescò à la gente, quitandoles de las gargantas los cordeles del calor, sed, y cansancio. Llegaron en fin al Templo de Amon, fundado junto à la Ciudad de Messogava; obra que dizen era de Dano Egipcio.

Cercanle en contorno algunas poblaciones, y todas ellas guarnecidas de arboledas, que las sirven de jardines, con que viene à ser remedò del terrenal Parayso. Veneranle por vezino por la parte del Oriente los Ethiopios; por la de Mediodia los Trogloditas, por el Poniente los Negros, y los Nasamones por àzia el Norte. Junto al Palacio Real, que era vn Alcaçar famoso, estava el Templo cercado de espesos, y frondosos bosques, y alli la fuente del Sol, que criava sal blanca, como cristal, de que los Sacerdotes solian hazer presentes à los Reyes de Egipto. La imagen de la Deydad que alli adoravan, estava vestida de ricas, y preciosas piedras, que la hermoseavan con sus diafanas luzes. Quando la sacavan en publico era en vna nave de oro, y en ombros de ochenta Sacerdotes, y coros de doncellas cantando muchos motetes.

No dexaron de admirarse de la llegada de Alexandro à aquel paraje, cosa nunca vista; y assi, ò imaginandolo prodigio, ò temiendolo portento, quisieron lisongearle, prometiendole por oraculo el Imperio del Asia, y recibiendole como à hijo de Jupiter, que Amon significa lo mismo. Diòle este titulo el mas supremo de todos los Sacerdotes con que Alexandro, añadiendo à su ambicion aquella sobervia, quedò muy endiosado. Creyò como verdad aquella lisonja, y diò oìdos à que Filipe no fuesse sino padre putativo, que su madre Olimpias le concibiò del Dios Jupiter. De aqui previno, que en viendose Monarca soberano, hizo que le adorassen por Dios; y à los que le impugnavan, hazia quitar la vida. La Reyna Olimpias, haziendo risa desta deydad, ò locura de su hijo, dizen le escriviò por gracia, que se dexasse de aquella generacion divina, porque la Diosa Juno, como muger de Jupiter, se indignaria zelosa contra ella. Pagò Alexandro muy bien à los lisongeros, ofreciendo al Templo vn gran tesoro, bolviose à Egipto por camino mas derecho, muy alboroçado de imaginarse deydad.

Llegado à Menphis, y dispuestas las cosas, poniendo sus Capitanes en todas las Provincias, bolviose à entrar por el Asia buscando à Dario, que sabia, que muy pertrechado de copioso exercito andava por desquitarse del desman passado. Atravesò el Euphrates, sin perdida ninguna, por mas que

Mazeo, Capitan de Dario, le quiso ser estorvo con seis mil cavallos. Por entre el Euphrates, y el Tigris marchava Dario à Ninive, en cuyas llanuras pensava con su grugentiò, que era vn millon de soldados, sorberse el pequeño exercito con que Alexandro venia. Ochocientos mil peones, y docientos mil cavallos construian el campo de Dario; mas que importa la multitud, quando es la gente visoña, y cada Griego de los de Alexandro era vn Leon, que valia por mil hombres? Bien lo reparava el Persa, y assi antes de romper hizo segunda embaxada à su enemigo, rogandole con la paz, y ofreciendole vna de sus hijas por muger, con vna gran suma de dineros, y parte de los Reynos que le avia tomado. Todo lo despreciò Alexandro, pareciendole era suyo quanto le ofrecian, y menos que no se le diesse por vencido, Reynos, y tesoros lo juzgava en poco. Si algun animo sobervio ha sido visto salir vencedor, fue solo el de Alexandro, por lo que iremos viendo. Mas era ya que buena estrella la que le mirava propicia.

Junto à vna Aldea, llamada Guagamela, al margen del rio Bumado, assentò Dario sus Reales, para esperar la batalla. No muy distantes tenia Alexandro los suyos. Componiase su exercito de quarenta mil Infantes, y siete mil cavallos, poco trozo para el inmenso gentio del barbaro. Estando, pues, casi à vista los vnos de los otros, le llegò à Alexandro vn Eunuco de las Reynas cautivas, y dixole, que la Reyna su señora, muger de Dario, acabava de espirar en su tienda, del recio parto que le tomò en aquel punto, rendida à los dolores inmensos, de hallarse presa, y ausente su marido, vencido, y acosado; lastimas, que juntas con los demàs dolores, abrieron puerta à la muerte. Quedose Alexandro atonito, y bañado en llanto, acudiò à ver la desgracia. Hallò à la Reyna Sisigamba traspassada de dolor, sus dos nietas al regazo, vertiendo lagrimas tiernas; la triste Reyna difunta, qual desquadernada flor. Hizose tanto à la lastima, tanto à la ternura, que huvo necessidad de consolarse, qual si fuera su marido. Estendiose el sentimiento à no comer bocado en aquel dia; fineza rara de vn pecho como Alexandro! Bien pudiera la malicia sospechar qualquiera cosa de ver tanto estremo, porque la Reyna era pasmo de hermosura. Alexandro moço, y galan, ella muger, y y au-

y ausente del marido; èl dueño della, y ella su cautiva: mucho valor era necessario para vencerse vno, y otro. Mas procediò Alexandro tan à la ley de hombre de bien, que desde el dia que la prendiò, y la visitò en su tienda, no quiso verla jamàs à ella, ni à sus hijas; porque como las viò hermosas, temiò el quedar vencido, huyò el riesgo; y assi dizen, que dezia en conversacion: *Que la vista de las Princesas Persianas, causava dolor de ojos.* Mandò hazerle las exequias magestuosamente à la vsança de los Persas, honrando en vida, y en muerte à vna Reyna desdichada.

Llegò la nueva infausta à oìdos de Dario, por medio de Tiriotes vn Eunuco de las Reynas, que ayudado de la industria, se passò de vn campo al otro. Llenaronse de alaridos los Reales, con cuyo ruidoso estruendo, parece que se vndia la celeste esfera. El dolor, y sentimiento de Dario no puede ponderarse por inmenso. Clamava contra Alexandro, como vn can rabioso; pues contra justicia le traìa arrastrado, vsurpandole su Imperio, y matandole à pesares la mejor prenda del alma, vna Reyna tan ilustre, vna inocente beldad. Atajole el Eunuco à esto con el desengaño, jurandole, que no tenia razon de formar aquellas quexas, porque la Reyna su señora avia sido tratada, y servida con mas respeto Real, con mas pompa, y aparato, que pudiera en su poder. Añadiò luego el sentimiento, que avia mostrado por su muerte, lo mucho que avia llorado, las honras que la avia hecho con las demàs finezas. Aqui fue el llenarse Dario de rabiosos zelos, y aumentarsele el dolor: llamò à Tyriotes à parte, y amenazandole de muerte, le mandò que le dixesse, si entre Alexandro, y la Reyna avia avido amistad, ò algun ilicito trato. Satisfizo el Eunuco muy prudente, y aun con la modestia devida le reprehendiò su sospecha, assegurandole de la honestidad con que se avia portado su señora, y de la nobleza con que Alexandro la avia tratado, sin averla visto jamàs, sino vna vez sola, y fue por consolarla, y darla el pesame de su adversa fortuna. Tan grato se mostrò Dario oyendo esta fineza, que quitandose de la cara el capuz, que le cubria, y alçando al Cielo las manos, dixo de esta suerte: O Dioses inmortales, baxo de cuyo poder se sustenta mi inmenso señorio, yo os suplico me conserveis el laurel que me ceñisteis; y si huviere de perderle,

 por

por mi corta dicha, tened por bien, de que le goze Alexandro, que merece gran Corona, quien siendo mi enemigo vsa con tal bizarria de clemencia, y de piedad con mis caras prendas, guardandome el honor à costa de vencerse. Hasta vn barbaro conoce lo mucho que merece vencerse vn hombre à si mismo; y quando Alexandro no huviera hecho mas desta hazaña, era digno del Imperio.

Tercera vez, movido à lo noble, intentò Dario solicitar las pazes, arrojando el resto à quanto podia ofrecerle. Embiò para ello diez personas de lo mas ilustre. Llegaron à la tienda de Alexandro, y pedida licencia, hablò el mas venerable de esta suerte: Dario, el Rey mi señor, agradecido mucho al noble tratamiento, que ha vsado V. Alteza con su madre, muger, y hijas, y estimando la amistad, de quien entre desafueros de soldados se haze tanto à las virtudes, desea la paz, y dar corte à estos debates, por mas que en ello venga à ser el mas quebrado, y perdido. En primer lugar buelve à ofrecer à V. Alteza vna de sus hijas, aumentandola la dote con todas las Provincias que caen desde el Helesponto al rio Euphrates. Suplica por la libertad de su madre, y hijas, y por su rescate darà treinta mil talentos, que son diez y ocho millones. Y que para el seguro de esta verdad, se quede en rehenes en poder de V. Alteza el Principe su hijo. Todos son medios honrosos, y grandes los que ofrece mi Rey, V. Alteza lo mire desapasionado, pues serà bien comun de sus gentes, y las nuestras.

Dada esta embaxada, y mandados salir los Embaxadores, consultò Alexandro con los suyos la resolucion, mas como le temian su sobervia, rehusavan todos dezir lo que sentian. Enfin Parmenion, como mas Privado, y principal Consejero, sacò la cara, y dixo, que convenia abraçar las pazes con aquellas condiciones, por estàr muy dudoso el fin de la guerra, y mas con las ventajas del campo contrario. No quisiera Alexandro que le aconsejaran esto, aunque les pedia su parecer, y assi respondiò con animo sobervio, que à ser èl Parmenion, tambien quisiera mas el dinero, que la fama; pero que siendo Alexandro, estava seguro no moriria de hambre; y que assi queria tratarse como à Rey, y no como Mercader, vendiendo las mugeres, codicioso à la ganancia. Y caso que huviera de dar-

darlas, era mejor ofrecerlas graciosamente, que no por precio alguno. En fin, encaprichado con solo su parecer, diò por respuesta à los Embaxadores: Que darle gracias Dario por lo bien que èl avia andado con su madre, hijas, y muger, era cosa superflua, y cumplimiento escusado; porque aquello no lo avia hecho èl por Dario, sino por lo que à èl mismo se deviar pues no es de pechos nobles vsar del poder contra la adversidad de los que yazen postrados, sino contra el enemigo quando bravea arrogante. Que si la paz que ofrecia fuera sin doblezes, quizà la admitiera; mas si èl avia cogido muchas cartas suyas, ofreciendo grandes premios, à quien le matasse, què seguro podia tener con sus promessas? Y que en darle por muger à vna hija suya, que favor le hazia, quando avia de casarla con vno de sus vassallos, y el mayor de todos no llegava à su grandeza? Finalmente, que para que le ofrecia los Reynos que le avia ganado? Y si le parecia tener dominio en ellos, procurara quitarselos, que su resolucion era, que lo ganado, y por ganar, avia de ser de vno solo; que como el mundo no sufre dos soles que le alumbren, assi tambien no ha de tener dos Reyes que le goviernen. Y assi, ò que se le enttegasse vencido, ò que se aparejassen à la batalla.

Notable fue la arrogancia de Alexandro en este caso, y que à no ser tan dichoso, pudiera costarle perder todas sus vitorias. Soplavale muy propicia la fortuna, y rompia por los riesgos. Apresòse Dario à la batalla, poniendo en orden à todos sus soldados, y exortandolos valiente. Movieronse entrambos campos poco à poco, y al divisar los de Alexandro al barbaro gentio, de cuya multitud no alcançava la vista à vèr el cabo, cubrieronse de temor, y temblavan de assombrados, y confusos. Sintiò Alexandro la flaqueza, temiò tambien el peligro, bien pesaroso ya de aver despreciado el medio. Bien tomara ya las pazes en aquella ocasion, bien neutral estuvo en si las pediria, la ventaja del contrario le incitava à ello, su mucho pundonor le refrenava. Y rebolviendo en su animo esta lid, y esta pelea, difiriò la batalla al dia siguiente, mandando à los suyos tener las armas quedas. A prima noche consultò à sus Capitanes sobre lo que avia de hazer. Aconsejòle Parmenion, viniendo otros en ello, que se acometiesse al enemigo con industria antes que llegara el dia; porque como el campo de

de Dario se componia de muchas mezclas de barbaros, se confundirian los vnos con los otros, sin saber donde avian de acudir, y assi les seria facil el vencerlos. Rechazò Alexandro este parecer; lo vno, porque dixo ser de ladrones ruynes hurtar de noche las vitorias; lo otro, porque le constava, que tenia Dario muchos soldados en vela con hogueras encendidas, rezelando aquel ardid; y assi se apercibieron todos, para à cara descubierta començar la batalla al despuntar el dia.

Recogiòse con esto à su tienda, para dormir lo que restava à la noche; pero el mucho cuydado le atormentava en desvelos, hasta que vencido de la lucha, se entregò à vn sueño profundo, que causò admiracion à todo el exercito. Solia, dizen algunos, dormir Alexandro con el braço fuera de la cama, y con vn pomo de hierro en la mano, y en el suelo vna vacia, para que le fuesse despertador à pocas horas de dormido. En esta ocasion pues (que fue la de mas cuydado que tuvo en su vida) ò no se valiò del pomo, pensando que el cuydado mismo seria el despertador, ò no le despertò el golpe; pues era ya muy entrado el dia, y dormia à sueño suelto. Cosa inaudita, y en que mas se prueva el grande coraçon de aquel Monarca; pues à vista del mayor peligro, y que le temiò dormia con tal descuydo, y con tan dulce reposo! Atonitos, y confusos se hallavan sus Capitanes à la puerta de la tienda, sin saber que hazerse; vnos creìan, que no salia de miedo; otros imaginavan, si estaria difunto. Entrar à llamarle, ni los de la Camara, ni Parmenion el Privado se atrevian. Aplicavan el oido à los resquicios, y oìanle roncar. Neutrales todos, no sabian que hazerse. Mandò Parmenion que almorçasse en el interin la gente, y estuviesse apercebida, para lo que se ordenasse. Hecho todo esto, aun no despertava Alexandro, con que ya Parmenion rompiò por los dissimulos, y atropellò por el respeto, entrando dando vozes en la tienda. No bastò el ruido à despertarle, hasta que le asiò del braço, y le moviò del lecho, diziendole imperioso: Què es esto, señor? què sueño es este, quando està el enemigo presentando la batalla? en el mayor aprieto ha faltado à V. Alteza su ardimiento, y su vigor? Dexame Parmenion (dixo Alexandro) que no he tenido en mi vida sueño mas gustoso, y dulce, que el que me has quitado, y es, por tener à Dario con todo su poder à vista de mis ojos, donde presto le desceñirè el Laurel, y le quitarè de vn golpe la Monarquia. Diziendo esto, se començò à armar presuroso, poniendose sobre la olanda vn jubon Siciliano, y sobre este vna famosa cota de nudillo, que ganò en la primera batalla. Luego se vistiò vn gorgal rico de hierro, esmaltado en perlas, y calose vna celada, hecha por Thophilo, vn Armero insigne, cuyos lucientes visos parece que los hurtaron à la plata. Ciñose vna espada rica, que le avia presentado el Rey de Chipre, y pusola en el tahali, obra no menos preciosa. Montò luego en vn cavallo, y diò buelta à todos los esquadrones, informandoles muy por estenso lo que avian de guardar, y animandolos bizarro à la vitoria. A la madre, y hijas de Dario, con las otras señoras Persianas, que estavan cautivas, las puso con buena guarnicion en vn montecuelo algo apartado de la Marcial Palestra. El por su parte, y Dario por la suya, animaron à sus gentes, y dada la señal de la batalla, chocaron vnos con otros con valiente brio. La multitud del barbaro supeditava à los Griegos; mas ellos valerosos, destrozavan la canalla. Cada Rey acudia cuydadoso, donde le vozeava el mayor peligro. Cada vno ordenava, y rebolvia sus esquadras, segun la necessidad. El clamor, la vozeria era igual en ambas partes. La lid andava sangrienta, muy dudosa la vitoria. Por dos vezes se juzgaron los Persas vencedores, y sembraron voz dello, para alentar à los de su parte, y amedrentar à los otros. Por dos vezes bolviò Alexandro à recuperar lo que mirò perdido. Maravillas hazia Dario desde su carro, en que armado peleava. Prodigios hazia Alexandro desde su cavallo Bucephalo, que à todas partes corria. Los Capitanes de vno, y otro Rey, cumplian con sus obligaciones, à ley de soldados. Todos en fin se acuchillavan valientes. En peso andava la pelea, y en iguales balanças la vitoria, quando dos acasos se la dieron à Alexandro, quitandosela à Dario. Sucediò, pues, que viendo vn Aguila, que bolava encima de Alexandro, sin que la espantasse el ruido, clamaron los agoreros, que era señal de vitoria. Añadiose à esto, que aviendo muerto Alexandro al cochero del carro de Dario, divulgòse, que era el mismo el Rey muerto, cuya voz vaga fue llenando de temor à to-

todos los Persas, y començaron à huir, sin que las muchas diligencias de Dario lo pudiessen remediar. Con tanta facilidad, y con poco motivo se trastorna la fortuna. Desuerte, que con el aguero del Aguila cobraron brios los Macedonios, que andavan desmayados, y con el equivoco de tener al cochero por Dario, desmayaron los Persas, quando andavan mas briosos.

Quando se viò Dario con pocos à su lado, y muy acosado del enemigo, escusò verse en su poder, y que le cogiessen prisionero: con despecho grande, y maldiziendo su poca fortuna, quiso con sus manos darse muerte. Tiròle la razon el freno de la ira, y dandoles à los cavallos rienda suelta, huyò de la batalla à toda furia, cuyo confuso tropel, y mucha polvareda, le sirviò de guardapolvo para que no le siguiessen. Quando le echò menos Alexandro, començò à seguirle, haziendo cruel matança en los amontonados barbaros, que se le atravesavan para estorvo. En sintiendole Dario, saltò del carro, y en vna yegua ligera llegò en pocas horas al rio Lyco, y de alli se entrò en Arbela à mas de media noche. Mazeo su General, despues que en la batalla hizo muchas valentias, atravesando el Tygris, huyò para Babilonia. Con esto quedò Alexandro triunfante, ganando en esta batalla (que fue la mas celebre que tuvo, y la que sola temiò) la Monarquia Persiana, quedando con el laurel del primer Monarca Griego.

Recogidos los despojos, que ay quien los llega à sesenta millones, marchò Alexandro con solemne triunfo à la famosa Ciudad de Babilonia, donde fue festejado ricamente. Mazeo, el General de Dario, le entregò las llaves, los Alcaydes las Fortalezas, y Tesoros; y èl en remuneracion, les hizo mercedes, dexandolos por governadores supremos. En la Ciudad de Susa hizo lo mismo, y en todas las demas que se le entregavan. Con esta generosidad, y bizarria, cautivava los animos de todos. El infeliz Dario, despues que derrotado huyò hasta Arbela, aviendo recogido la gente, que descarriada pudo seguirle, con parecer de los mas bien entendidos se retirò à la Provincia de Media, en los fines de su Imperio; porque la aspereza de sus montes, y espesuras, le diesse mejor asylo. Era el designio bolver à rehazerse de Soldados en tanto que Alexandro andava engolosinado en sus tesoros.

Hizo

Hizo assiento en la Ciudad de Ecbatana, Metropolis de Media, y desde alli despachò sus ordenes, todos suplicas, y ruegos, para que los Governadores de las Provincias, que estavan aun por èl permaneciessen leales. Besso, y Nabarçanes, deudos suyos tenian las Satrapas de Bactra, y Patria, Provincias de las mejores de Media. Ambos acudieron con mucha gente de guerra, si bien las intenciones dobladas, y traydoras. General de la Cavalleria era Besso, que serian hasta tres mil cavallos. Los Infantes eran treinta y quatro mil, entrando en este numero quatro mil Griegos, con su Capitan Patron, muy hombre de bien, y fidelissimo. Poco exercito era todo para arrostrar à Alexandro, quando à exercitos mayores avia destrozado su potencia. Pero en fin, quien se vè perdido de vna, ò de otra manera, arriesgarse à la fortuna, aunque las fuerças sean pocas. Hizoles vn razonamiento, al passo que humilde, lastimado, poniendoles por delante la miseria en que se hallava, y que atendiessen à que sin culpa suya se via despojado de su Imperio, y que pues la perdida les tocava à todos, y la causa era comun, les rogava como amigo, no como señor, mandava que acudiesse cada vno à sus obligaciones.

La lastima, y el dolor le atajaron las palabras, con que provocò à ternura à los mas desahogados. Cada vno le ofreciò finezas; pero Artabazo, intimo amigo suyo, le ofreciò la vida, y no dexar su lado hasta morir. Apenas tuvo noticia Alexandro de las prevenciones de Dario, quando dexando à Persia, en donde andava, enderezò el passo à Media, con presteza mucha, temeroso que los Scythas baxassen à socorrer à su contrario. En pocos dias se puso en Ecbatana, que se le diò sin resistencia, y supo como Dario iva huyendo de su encuentro. Determinòse à seguirle, dividiendo su exercito en tres trozos; porque por parte ninguna se le pudiesse escapar. Aconsejado, y confuso se hallava Dario, quando supo que Alexandro avia atravesado las puertas Caspias, y para alivio desta congoja, descubriò la traicion de Nabarçanes, y Besso, pues con mucho descaro pidiò el vno para el otro, que renunciasse el Laurel, para fenecer la guerra. Puede tanto vna sinrazon, que aunque Dario era de condicion apacible, arrancò de la espada contra Nabarçanes, y à no atravesarse Besso con hu-

mil-

mildad fingida, le diera la muerte. Ambos Capitanes con sus gentes hizieron rancho de por si, y procuravan traer, à su devocion à los soldados Persas. Artabazo, como bien entendido, le aconsejò al Rey, que dissimulasse por entonces aquel atrevimiento, supuesto que Alexandro le venia à las espaldas. Abrazò el consejo, y perdonò à los traydores, que con fingidas lagrimas se le echaron à los pies. Patron, el Capitan Griego, entendido de la doblez, y engaño de los traydores, le diò aviso al Rey, hablandole en su lengua, y ofreciendo de assistirle con sus quatro mil soldados. Entendiò la platica Besso por medio de vn Interprete, y curose en salud, diziendole à Dario, que Patron, como Griego, queria entregarle à Alexandro. Neutral el Rey, viendo que por ambas partes le amenazava la desdicha, se resolviò en hazer mas confiança de los suyos, que de los estraños. Despidiòse de su amigo Artabazo con lagrimas reciprocas, y hallose rodeado de traydoras armas. Desleales, y fementidos llegaron Nabarçanes, y Besso, y saqueandole el tesoro de su tienda, le prendieron, y echaron en vn carro, aprisionado con grillos, como à vn triste delinquente. Quien no admira altibaxos semejantes, que à vn Emperador del Asia, hollado de la fortuna, le prendan sus vassallos, y le traten como à siervo! Nadie fie en grandezas, que en yendo de caida la mas alta Magestad, el deudo, y el vassallo le tiran de la soga.

En sabiendo Alexandro desta traicion, començò con mayor priessa à proseguir sus jornadas, no tanto ya por alcançar à Dario, quanto por aver à las manos los traydores, que descuydados de que les iva encima, marchavan con su Rey preso para Hircania. En llegando à descubrirse vnos à otros, lo que fue alborozo, y alegria para los de Alexandro, fue assombro, y confusion à los traydores. Para huir mas à la ligera, mandaronle à Dario, que dexada la carroza, subiesse en vn cavallo; à que respondiò el Rey, que no queria huir de quien venia à vengarle; porque aunque Alexandro era su enemigo, sabia que no gustava de afear con traiciones sus vitorias. Mas quiero (dize Dario) que Alexandro me prenda, que es Rey, y sabrà estimarme, que no ir preso entre vosotros, traydores, y fementidos. Dolioles tanto escuchar estas palabras, que para hechar el sello à su maldad, le dieron de lançadas al infeliz Dario,

rio, dexandole en el mismo carro, alagado en sangre, y despidiendo la vida por mil sangrientas bocas. Lo mesmo hizieron con dos criados que le acompañavan leales, y con los cavallos del carro hizieron otro tanto, por vengar hasta en los brutos su corage. Hecha esta carniceria, no quisieron assistir con Alexandro, sino à rienda suelta huyò Mabarçanes à Hircania, y Besso à Bactra. Los cavallos azorados con las mortales heridas, y fatigados del calor, echaron à huir por vn valle abaxo, apartandose del camino vn largo trecho, hasta que à las orillas de vna fuente cayeron rendidos. Sucediò, pues, que de la refriega que huvo entre la gente de Alexandro, y la que iva con Dario, regida por los traydores, vn soldado Macedonio, llamado Polistrato, guiado por vn Persa, que sabia aquella fuente, fue à apagar en ella la mucha sed que llevava. Estando, pues, bebiendo, sirviendole de copa su celada misma, divisò el carro bolcado entre la arena, y atravesados los cavallos con las lanças. Acudiò allà presuroso, y viò al desdichado Rey, hecho todo de heridas, cosido el pecho à lançadas, y ya para rendir los vltimos alientos. Hablòle el soldado, por mandado de Polistrato, y alegrose mucho el Rey de verlos, y conocerlos, y tenerlos por compañia en lance tan amargo. Dixole, pues, à Polistrato, interpretandole el Persa las palabras, que le dixesse à Alexandro, como moria à manos de traydores, y deudos suyos, à quien avia hecho mercedes señaladas, que le encargava el castigo para exemplo, y que estuviesse entendido, que por ningun caso moria enojado contra èl, por averle quitado sus Reynos, y echadole de su casa; antes bien estava muy obligado, por el buen tratamiento, que avia hecho à la Reyna su madre, y à su muger, y hijos. La sed mucha de la falta de la sangre, y de las mortales agonias, no le dexava ya hablar; y assi medio por señas, pidiò à Polistrato vn poco de agua. Llevòsela en la celada, y aviendo bebido, le dixo: Que hasta en aquello era adversa su fortuna, pues siendo aquella la postrera buena obra, que recibia en esta vida, no se la podia pagar; mas que suplicava à Dios, y à Alexandro, que por èl se la pagassen. Tomò la mano, y apretandosela fuertemente, le dixo: Llevale à Alexandro esta prenda de fee Real, de quien muere deudor suyo, y muy su amigo, y diziendo esto, espirò.

Des-

Despues que Alexandro, aunque con muerte de tres mil de aquellos barbaros, se hizo señor del campo, anduvo muy ansioso por saber de Dario, quando llegando Polistrato, lastimado, y triste, le contò lo que passava; y el entonces, sin detenerse vn punto, fue adonde le hallò sin vida, sirviendole de ataud su mismo carro. Hizose à la piedad aquel pecho grande, el coraçon à la ternura, y los ojos al llanto. Con lagrimas, y sollozos se abrazò del cadaver aun caliente, y, despojandose su purpura Real, le cubriò con ella. Bizarria como la suya, darle al enemigo muerto su vestido por mortaja. Muy aderezado, pues, y con funebre pompa, hizo llevar el cuerpo à la Reyna Sisigamba su madre, para hazerle las exequias. No se le hizieron mayores à Monarca alguno de los Persas, pues lagrimas de Alexandro, al passo que lastimosas, las hizieron señaladas. Tenga, pues, nuestro David vn simil tan heroyco, para que conste al mundo, que llorar por el enemigo, viendole mal muerto, es siempre de pechos grandes. Rencores que passavan à la muerte, y llegan à vengança, no son de pechos Reales; antes si de animos viles. Muchas hazañas, y bizarrias, sin las que quedan dichas, hizo Alexandro, hasta el año dozeno de su Imperio, y treinta y dos de su edad (en que à manos de traydores, dandole ponçoña, muriò malogrado) como fueron atravesar por sus puertas al monte Caucaso, penetrar la India, ganar la piedra Aorno, que cortada por todas partes tenia quatro leguas de circuito, y quatro mil passos de altura; y en alto avia sus fuentes, y mas de treinta mil hombres que la poblavan; casarse con Statyra, hija del Rey Dario, por ponerla la Corona que quitò à su padre; no querer beber el jarro de agua, por ver que no bastava para que bebiessen tambien sus soldados sedientos; levantarse de la silla en que se estava calentando al fuego, y sentar en ella à vn soldado pobre, traspassado del frio; gastar doze millones en vn dia en pagar à los acreedores de sus soldados; llorar à Ephestion su amigo, y hazerle vn Mauseolo en Babilonia, obra insigne, y que costò seis millones; tener Cortes de todo el mundo en Babilonia, cosa que jamàs se viò de otro Monarca. Todas estas grandezas, pues, no llegaron al verle por su enemigo cubierto de lagrimas, y cubrirle con su purpura. Esta fue la corona de sus bizarrias, y el timbre mas glorioso de todas sus hazañas; pues al modo de

de David, diò exemplo à los mortales, para tener compassion del enemigo, viendole en desgracias.

EXEMPLO SEGUNDO.

HAga lado à vn Monarcha de Grecia, vn Monarcha Romano, que siendo no mas que vn Cavallero, si bien de clara sangre, supo à fuerça de su braço ceñirse la Corona, y adjudicarse el Imperio. Este fue Julio Cesar, bien nombrado en las historias, bien notorias sus hazañas, bien conocidos sus hechos, con que no avrà necessidad de contar por extenso el processo de su vida; antes si de recogerlo à epitome sucinto. Naciò Julio Cesar en Roma à doze de Julio, causa que vino à ser, que al mes quentil se le apropiasse su nombre. Su madre se llamò Aurelia, hija de Cayo Cota, descendiente del Rey Arco Marcio; su padre fue Lucio Cesar, descendiente de Julio Ascanio, hijo de Eneas. Desuerte, que por ambas lineas tuvo Cesar sangre noble. Casòse con Cornelia, hija de Cina, en quien tuvo à Julia, que fue muger de Pompeyo, nudo, que à no deshazerle la muerte, los conservara amigos à los dos Capitanes mas opuestos. Despues que Julio Cesar tuvo algunos oficios, con que le honrò el Senado, en que diò buena cuenta, le hizieron Governador de las Francias, y tuvo el cargo diez años con exercito luzido. Atizaron los emulos la llama de la embidia, para que le depusiessen del oficio, y no lo escusara Cesar, si viera que con su competidor Pompeyo se hazia lo mismo. Entonaronse con esto las dos parcialidades, pretendiendo cada vno derribar del cargo à su competidor, y conservar en el puesto al que aplaudian. Prevaleciò Pompeyo, por estar mas bien quisto con todos los Romanos, y condenaron à Cesar por rebelde, dandole por traydor à la Corona. Sentido de esta afrenta, marchò à Roma, revolviendo en su pecho cosas grandes, pulsandole el animo à hazerse señor por fuerça. Fue embiando medio en tropas à los mas de sus soldados, porque no le calassen su designio; y llegando al rio Rubicon, nombrado por este hecho, como era la raya de su Provincia, detuvose à su orilla, pensando por vn rato, si le passaria, ò no. En passarle conocia el interes con que le brindava su fortuna, por ser mucha, y buena gente la que le acom-

Autores desta historia. Cesar in comment. bel. civil. Veleius li. 2. Suet in Cesare. Plutarc. in Cæsare. Plinio de vir. illus. Lucano in phra. Apiano lib. 2. Valerio li. 4. & 5.

acompañava: en no passar, sino solo como lo ordenava el Senado, via amenazado el riesgo de enseñorearse dèl sus enemigos. Bacilò el animo algun poco, neutral en resolverse, y al cabo quiso mas arriesgarse temerario, que ir à merced de medroso. Ea amigos (dixo à sus Capitanes) el dado està echado, no ay sino caminar à Roma. Correspondieron valientes el valor de su designio, y agregandose las tropas, se engrosò vn exercito muy considerable.

En sabiendose en Roma la determinacion de Cesar, se alborotaron los animos de modo, que hechos al miedo, y à la turbacion, apenas acertavan à resolverse en lo que harian. Consules, y Senadores quedaron aturdidos; otros muchos nobles todos espantados, la gente de menos cuenta previniendo la huida. Quatrocientos mil vezinos tenia Roma entonces, y assi se avia jactado Pompeyo, antes de saber la determinacion de Cesar, ò el arrojo, que con vn puntapìe que le diera, sacaria exercitos armados. Y todo este gentio, y toda esta braveza, no se atrevió à resistir à vn Capitan temerario. Como si fuera vn mundo sobre Roma, se encontraron los ánimos de todos. Pompeyo, que como era General, y valiente, avia de infundir brios, y desterrar cobardias, se hallò mas atajado, y tanto, que mandò à todos desamparar la Ciudad, y huir à buscar asylo. Consules, y Senadores le siguieron hasta Brindis, y allì los embarcò para Durazo, Ciudad de Macedonia. Siguieron el mismo rumbo todos los de la faccion opuesta al Cesar, quedandose la gran Roma medio saqueada. En Durazo, pues, començò Pompeyo à juntar sus gentes, requiriendo à todas las Provincias acudiessen al deber: lo mismo à las Potentados, que eran sus amigos, Cesar, que no se dormia, en atravesando el rio, enderezò la marcha à Roma. Entrò por ella triunfante, y aunque la hallò vazia, le fue sumo alborozo verse señor della, sin hallar enemigo que le hiziesse estorvo. Dispuestas alli sus cosas, marchò con suma presteza para España, considerando seria facil vencer las legiones de Pompeyo, por no tener Capitan. Sucediole el viage à medida de su gusto, que en soplando favorable la fortuna, hasta impossibles se vencen quanto, y mas soldados mal apercebidos. Arrostrose junto à Lerida con los Pompeyanos, y alcançada la vitoria, bolviò à Ro-

Roma presuroso, y nombrandose dictador, dispuso las materias del govierno, como señor soberano.

Mientras Cesar andava en estas cosas, no se dormia Pompeyo en Grecia, donde de todas naciones juntò vn poderoso exercito de quarenta mil infantes, y siete mil cavallos. No me parece que el numero era mucho, pero ser buena la gente; y bien disciplinada en la milicia, le añadia grandes creces. Todas las Provincias le embiaron sus socorros, como fueron Lacedemonia, y Athenas, Tracia, Frigia, Arabia, y Chipre, Bitinia, Tracia, Judea, Pamphilia, Cilicia, y Creta, Rodas, Syria, y Capadocia, con otras muchas. El Rey de Egipto le embiò tambien su armada. En fin, por mar, y por tierra se hallò Pompeyo pujante. Al contrario Cesar, confiado en su animosidad, ò ignorante del poder del enemigo, aviendole seguido hasta Durazo, se hallò casi perdido. Pocos mas de mil cavallos, y veinte y dos mil peones era el trozo de su campo; fuerças muy desiguales para llegar à batalla. Pertrechose en la Ciudad, y alli por mar, y por tierra le cercò Pompeyo, apretandolos demasiado con el cordel de la hambre, tormento harto sensible. La fuerça deste aprieto le obligò à vn arrojo, y fue, que vna noche hurtandose de su gente, y disfrazado, fue en casa de vn pobre barquero, llamado Amiclps, y pidiole encarecidamente, sobornandole tambien con el interès, que le passasse en su barca de la otra parte del mar. Fue vn atrevimiento que pudo costarle caro, porque corriò vna poca tormenta, y estuvo la pobre barca para irse à pique. Era el designio passar à España à recoger mas gente; pero obligòle la borrasca à bolverse à los suyos, y hallolos muy sentidos, de la poca confiança que hazla dellos. Como crecia la hambre, y se impossibilitava mas el remedio, determinò salirse de Durazo, y caminar à Thessalia, por mas que Pompeyo le siguiesse; que à quien se vè rodeado de peligros, siempre fue el mejor arbitrio romper por en medio, y lidiar en campo raso. Llegaron à batalla, y en poco rato quedò Cesar vencido, y Pompeyo vitorioso; pero aprovechose mal de la vitoria, ya fuesse piedad, ya mal consejo, tocò à recoger, quando avia de embestir con los Reales de Cesar, y seguir à los que huian. Desacierto, que le costò perder la Monarquia, y la vida. El mismo Cesar lo confessò assi, diziendo, que si Pompe-

yo huviera sabido aquel dia aprovecharse de la vitoria, èl quedara destruido para siempre. Aprovechandose, pues, de su buena fortuna, recogiò todos sus soldados, y con no poco miedo, de que Pompeyo le iria à los alcances, marchò à Thesalia.

Llegò Cesar à la Ciudad de Farsalo, y en sus confines assentò su Real, toda buena gente, soldados bien diestros todos. Pompeyo que quizàs ya arrepentido del mal cobro que puso en la batalla passada, le seguia con su gruesso campo; sentò tambien sus Reales, distantes vna legua, junto à las orillas del rio Enipeo. El Campo de Cesar se hallava sin bastimentos, y assi deseavan la batalla. El de Pompeyo se hallava muy abastado, mas no por esto rehusavan el asirse, antes viendose tan ventajoso en gente, le davan prisa à Pompeyo que hiziesse la señal de acometer. Pompeyo, como prudente, dilatava la batalla, conocida la necessidad del enemigo, queriendo, que la hambre le hiziesse la mayor guerra. Temia en fin acometer à soldados hambrientos, que es mas que à perros rabiosos. Este era su designio, y era muy acertado. Los Senadores le apartaron de su buen juizio, y aun sin esperar su consentimiento, mandaron tocar al arma. Huvo el Capitan valiente de seguir su rumbo, y començò à concertar sus esquadrones, dividido el exercito en tres trozos. No se dormia Cesar, visto ya el lance. Juntò todas sus legiones, y mandando derrocar los vallados, y trincheras, y deshazer el fuerte, y segar las cavas, les hizo vn razonamiento desta forma.

Oy es el dia, soldados, que mas os he avido menester, y que mas confio del esfuerço vuestro; pues no ay mas remedio, que vencer, ò morir. En esta batalla se arrastra la honra, y vida: no nos queda esperança de probar mas fortuna; ya no queda suerte donde retraernos; pelear para vencer, es lo que importa, y en dandonos por vencidos, no ay sino morir. Mirad si quereis ser de Cesar, ù de Pompeyo; pues queda al arbitrio de vuestra animosidad darle à vno, ù à otro la vitoria? Mirad si quereis ser mios, y vuestros tambien, haziendo como soldados, ò si quereis por cobardes ser de mi enemigo? No mancilleis, por entibiar los coraçones, tantos trofeos, como aveis ganado en España, Italia, y Francia, Provincias las mas temidas de quanto circunda el Orbe. No os amedrente el nume-

roso gentio del contrario, quando veis que se compone de naciones diversas, muy agenas del valor que arde en vuestros pechos; y poco importa la multitud contra leones desatados, que la embisten. Hazed, pues, vuestro dever, que yo no he de faltaros, antes serè el primero que me arroje à los peligros por defenderos.

Con palabras semejantes animò Cesar à su gente. Pompeyo hizo otro tanto, si bien algo desabrido, de que contra su dictamen huviessen dado la seña de la batalla; pues era ser mandado, en vez de obedecido; animole empero, de que peleavan por la justicia, y en defensa de la libertad de la Republica Romana contra la tirania del Cesar. Aviendo estado suspensos por largo espacio ambos exercitos, mirandose vnos à otros se empeçò la batalla al son de las trompetas, encarnizandose cruelmente vnos con otros. Animosamente embestian los Pompeyos, guardando cada vno la orden de su Capitan. Los Cesarinos se defendian valientes, y se entravan por las picas temerarios. La lid se travò confusa, encendiose la pelea, y por vna, y otra parte andava cruel la muerte, y sangrienta la matança. Cargò Cesar las fuerças contra la cavalleria de Pompeyo, hasta hazerlos huir, y à su imitacion muchas de las Naciones de ayuda, con que empeçò la vitoria à declararse por Cesar. Corriò la voz, y aunque sorda, avivò los coraçones de los que oian su aplauso, y acobardò notablemente à los que escuchavan su vencimiento. Cesar, aunque andava valeroso, se revistiò de leon, y començò de nuevo à executar valentias. Pompeyo, que à vista del destrozo andava desmayado, perdiò el habla, y se recogiò à su tienda. Diose por vencido, y abochornose el valor de lastimado. Bien entendiò que se contentara Cesar con la vitoria, y que à imitacion suya, tocara luego à recoger, sin llegar à su Real. No quiso Cesar ser tan compassivo con èl, ni dexar calor para mas encuentros; y assi denodado acometiò furioso à las trincheras. Pompeyo entonces, con el dolor que puede imaginarse, quitòse las insignias de General, despedazò el laurel, desnudose la purpura, y montando en vn cavallo, se puso en huida, con quatro soldados que le siguieron las huellas. Cerraya ya el dia, y hizieronle buen tercio las sombras de la noche. Caminò toda ella, hasta llegar à Larissa. Tomando alli vna

barca de vnos pescadores, se echò despechado al mar, hasta que topando vna nave de vn Romano, llamado Peticio, este le acogiò en ella vrbano, y comedido, y llevole hasta la Isla de Lesbos, donde en la Ciudad de Mitilene avia dexado à su muger Cornelia, que siendo sabidora de la desgracia del que idolatrava dueño, hizo sentimientos notables, lastimas muchas, llantos compassivos.

Acaticiola Pompeyo, y aunque su mucho dolor iva mas para buscar consuelos, que para darlos, la fuerça del querer le obligò à dissimular sus penas, y fingir alguna alegria, trazas que busca el amor para no entristecer à lo que ama. Alli con algunos de los suyos, que le avian ido siguiendo derrotados, entrò en consejo, sobre el camino que tomaria para esperar fortuna, y mejorarse. Despues de diferentes pareceres, escogiò por mejor passarse à Egipto, fiado en que Ptolomeo se acordaria de las mercedes que le hizo à su padre, pues le puso en possession de la Corona. Fiose Pompeyo de la gratitud à ley de noble, sin rezelar de lo ingrato. Hizose luego à la vela con algunas naves, hasta llegar al puerto de Alexandria. Hizo desde alli recado à Ptolemo, contandole su desgracia, y pidiendole acogida. Tuvo el Gitano malos consejeros, que estos siempre son los que destruyen à los Reyes, con que olvidado de los beneficios, y temeroso de tener por enemigo à Cesar, diò lugar à la traycion. Con paz fingida embiò en vna barca à recibirle à dos hombres de cuenta, que fueron los que se encargaron del hecho. Entrò Pompeyo en la barca seguro de la maldad sin dar lugar que su muger Cornelia le acompañasse entonces, que como era hermosa, rezelavala prudente, y guardavala avisado. A poco trecho, y à ojos de los suyos, que desde las naves le miravan, y en especial su muger, que el alma se le iva por los ojos, començaron los traydores à dar de puñaladas à Pompeyo, que viendose vendido, y cercado de alevosos, aun no tuvo lugar de defenderse, cubierto de mil heridas cayò muerto en la barca, que iva, y le sirviò de tumba. Espectaculo el mas triste, que viò la Gentilidad! Assi acabò el hombre mas grande, que conociò Roma, y el que mas la honrò con triunfos, para que le conozca lo caduco destas glorias humanas, y la facilidad con que las haja la fortuna.

Que-

Querer referir aqui la lastima, la pena, las lagrimas, las congojas, las angustias de la infeliz Cornelia, era necessario mucho papel, y tiempo. Lea el curioso à Lucano, que en metros lastimosos verà penas bien sentidas. Su llanto turbò los mares; los tristes alaridos embaraçaron el viento, y los quegidos roncos llegavan à las estrellas: temerosos de otro tanto, huyeron à vela, y remo los soldados, maldiciendo à Ptolemeo, como à fementido, y pidiendo à los Cielos la vengança. Presto la tendràn encima, que à traydores, nunca permite el cielo logro alguno. Ya venia Cesar siguiendo à Pompeyo, temeroso siempre de bolver à verle apoderado. Caminò tras èl à Egipto algo à la ligereza, juzgando, que à quien iva casi solo, y derrotado, bastava poca gente para sugetarle. De parte de Ptolemeo salieron al puerto à darle la bien venida, y à lisongearle con la cabeça de Pompeyo, y con su sello, y anillo, tan confiados los mensajeros en vnas buenas albricias, como el Amalechita, que llevò à David la Corona de Saul, y nuevas de su muerte. Quedò Cesar aturdido à vista del fracaso, y lastimado el coraçon, arrojò lagrimas copiosas à los ojos, y entre sollozos, y llanto, dixo con despecho: O Dioses inmortales, porque aveis permitido, que el hombre mas grande, que ha tenido Roma, aya muerto à manos de traydores! Quien venciò tantas batallas, quien alcançò tantos triunfos, quien ganò tantas vitorias, se vè en esta desdicha! Quien no cabia en el mundo, se ha abreviado à esta tragedia! La grandeza de Pompeyo se extinguiò tan facilmente! O alevoso Ptolemeo, pues contra el derecho de las gentes has quitado la vida, à quien baxo tu poder se iva à amparar de ti! Si el temor, ò la codicia de agradarme te ha movido, presto te darè el pago, que merece tu traycion. Que aunque yo seguia à Pompeyo, y queria vencerle, no empero queria matarle: y quando le matara en buena guerra, esso es de soldados, y aun èl mismo no me hiziera cargo dello, pues iva cada qual expuesto à la misma fortuna; pero matarle à traycion, por hazerme gusto, me ha llegado al alma, y en vengança de su muerte he de arriesgar la vida. O cabeça la mejor que tuvo Roma! como assi difunta? como tan sangrienta? como extinguido tu ardor? como tan muertos tus brios? quitadmela de delante,

 que

que se apura el sufrimiento, y no pueden mis ojos tolerar el llanto.

Con semejantes lastimas es creible, que llorò Cesar la muerte de Pompeyo; y aunque no ha faltado quien diga, que fueron lagrimas fingidas, ò que llorava de gozo, de verse sin competencia: no es possible, que en hombres de buen juizio, como era Cesar, dexe de sentirse vna maldad, vna alevosia, por mas enemigo que sea aquel en quien se executa. Y poco importa que se alegre vn Capitan de verse sin competidor, para por otra parte dexar de sentir la desgracia de vna muerte mal hecha. Tambien no ay duda, si que se holgaria David de que la muerte de Saul le quitava la persecucion, y le dava la Corona; mas no por esso dexò de llorar su muerte, y de hazer matar à quien se fue à congraciar por homicida. Assi Cesar mostrò por los efectos ser verdadero su llanto, pues en vez de agradecerle à Ptolomeo aquel agassajo, armò guerra contra el, y le quitò el Reyno, y la vida, y dexole a su hermana Cleopatra la Corona. Castigo merecido de su traycion, y mala correspondencia, y heroyca hazaña de Cesar, en sentir y vengar la muerte de su enemigo.

Autores desta historia. Nizetas Chonia tes in septem libris de gestis Manne li. 1. & 2. de vita Andromici. Fuit iste Autor testis ocularis teũ illorũ tẽporũ Pineda in sua Monarch. 3. p. l. 21. c. 23. & 24. & 31. & li. 22. c. 1. & 2.

EXEMPLO TERCERO.

COrone nuestro assumpto otro Monarca Griego, aunque tirano, vn Emperador de Constantinopla, muy parecido à David en las persecuciones; mas muy dissimil en lo lascivo, y cruel; faltas que le desdoraron algunas cosas buenas, muy devoto de S. Pablo, y que tenia sus cartas muy en la memoria; y ocotava con ellas en casos que se ofrecian muy avisado, y discreto, muy sagaz, y muy valiente, tolerador de afanes, muy sufrido. Este fue Andronico Comneno, primo hermano del Emperador Manuel Comneno, que regia el Imperio Oriental por los años de mil ciento y cinquenta. En aquella Era passò à la tierra Santa con los Cruzados el Emperador de Alemania, Conrado Tercero, primo tambien de Manuel. Empresa bien ruidosa, y de poco fruto, por lo mal que se llevaron los Griegos, y Latinos. Por estos tiempos, pues, era Andronico Governador de Belgrado, y Branizobra, y no obstante que estava ya casado, y con hijos, andava muy divertido con otras hermosuras. En especial fue Eudosia, sobrina del Emperador, y sobrina tambien suya, hija de su primo hermano, la que en laços de su belleza le tenia presso. Sentia mucho el Emperador esta demasia, y dio parte à los hermanos de Eudosia, para que los remediassen. Ellos sentidos, intentaron matarle, armandole assechanças para cogerle con ella. Cercaronle vna noche la casa, y el animoso, y valiente, saltando de vn texado à otro, huyò el riesgo, y dexose burlados à los que le buscavan. Por estas mocedades le privaron del govierno. Acogiose Andronico à los Hunos, y quiso revelarse. Entendidos sus designios, llamole el Emperador a Pelagonia, y en entrando en Palacio, mandò prenderle, y ponerle en vna torre. A pocos dias de entrado en ella la viveza de su ingenio le hizo inquirir, y topar vn albañar secreto, y rompiendo con las manos los ladrillos, vino à ensancharle de modo, que bastasse para poder salirse à su tiempo. Dissimulò, pues, la rotura con ardid, y traza, porque los que entravan à darle de comer no pudiessen verla. Experimentò vn dia la salida, passose de la otra parte, y estuvose oculto en la cava de la torre. Quando fueron las guardas à darle de comer, y no le hallaron, y mirando que la torre estava sana, y cerradas las puertas, quedaronse pasmados, y confusos. Dieron cuenta a la Emperatriz, por estar ausente entonces el Emperador, y mandò à toda diligencia tomar todas las puertas de la Ciudad, y que en los puertos de mar se tuviesse cuydado.

Grande alboroto se moviò en Constantinopla, sobre el caso. Por algunos indicios prendieron à la muger de Andronico, y pusieronla en la misma torre; y quando se imaginò sola, se hallò con su marido al lado, que à consolar sus tristezas bolvio à entrar por la rotura. El pasmo, y el alboroto se dieron las manos, el susto se convirtio en alegria, con que à vnos prisioneros quietaron las diligencias, que se hazian por hallarle. Es prudente arbitrio en casos tales, dexar que se descuide la solicitud, para que la fuga se haga mas sin riesgo. Todo lo advertia Andronico, que era sagacissimo, y assi, quando le pareciò tiempo oportuno, y viò que las guardas estavan bien descuydados, porque juzgavan, que los laços del amor de su muger eran bastantes prisioneros para tenerle à raya, despedido